



AMARANTA

Ciriaco Picharro

AMARANTA



Primera edición: enero 2022

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ciriaco Picharro

ISBN: 978-84-19151-22-3

ISBN digital: 978-84-19151-23-0

Depósito legal: M-2356-2022

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano, 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Esta novela ya no es sobre ti.
A todas las otras Amarantas.*

Prólogo

Amaranta es una incontenible fuerza de la naturaleza que sobrepasa aun dentro de los límites de su humilde entorno. Determinada, atrevida y muy consciente del efecto de su atractivo en los hombres, coquetea con la vida y trata el amor como un juego de tentaciones.

Ama a su familia, especialmente a su adorada y comprensiva abuela. Con su madre, quien se ve reflejada en ella, la relación es tensa, complicada y marcada por un fuerte empeño en procurarle a su hija una vida diferente a la propia y con mejores oportunidades.

Mientras lidia con emociones que al principio se le antojaban intrascendentes, el mundo de Amaranta se sacude violentamente, haciéndola madurar a destiempo y replantearse la vida. En medio de una vorágine de sentimientos encontrados tendrá que decidir entre lo que siente y lo que cree le conviene.

DILENIA LORENZO

Capítulo 1

El clima era insoportable esa mañana de sábado y el color negro que vestía, acorde a la costumbre popular, le daba sensación de mayor temperatura. Apretado cual sardina en el transporte interurbano de la ciudad, cuyos conductores se esfuerzan sobremedida en aprovechar hasta el más mínimo resquicio antes de echar el vehículo a andar, la ansiedad abrazaba a Emiliano, quizás más que el mismo calor.

Por fin, el destartado minibus iniciaba su recorrido. En el trayecto se calmaba contemplando el pálido verdoso de los árboles y las montañas calvas; imágenes que se repetían una y otra vez a la velocidad de un parpadeo. La brisa se colaba por las ventanas a medio abrir haciendo volar las gotas de sudor que perlaban su frente. El paisaje le ofrecía paz, pero el rumor de los que parloteaban los nuevos acontecimientos y se quejaban del costo de la vida le irritaba. Sin embargo, todo eso dejaba de importarle conforme se acercaba a su destino. «Tanto tiempo sin verla». El sudor volvía a empapar su frente como si le lloviera encima, al tiempo que su imagen volvía a su mente.

La entrada de aquel pueblo era un camino angosto y descuidado, donde la naturaleza misma se abría paso bajo el desdén de las autoridades. Al llegar a su orilla, optó por recorrer a pie los quinientos y tantos metros que le separaban de la iglesia donde se efectuaba la misa de réquiem. Mientras los motoristas se dis-

putaban la oferta de sus servicios a manera de subasta invertida, contemplaba la enorme y moderna estación de servicios que ahora ocupaba el espacio dominado antes por la majestuosidad de aquel enorme algarrobo que se alzaba orgulloso por los aires dividido en tres troncos que luego se volvían a fundir. La estación con sus luces de neón deslucidas por la presencia del sol, la garita recién pintada y una tienda al fondo que con sus cristales recién pulidos, parecía ajena a su entorno polvoriento y amazónico.

Bajo un resplandeciente sol, arrastraba las piernas y le parecía que el rastro de polvo que dejaba tras de sí dibujaba en el suelo la palabra *entrometido*. El choque violento de cálida brisa le secaba la frente haciéndole reflejar una calma que en realidad no sentía. Al llegar al atajo que alguna vez desatara una pasión efímera y tortuosa, notó que el camino se había ensanchado, y a su rastro marrón le avecinaba otro igual o más ancho separado por mala hierba. «Ahora pasan vehículos», pensó.

La iglesia se erguía unas casas más abajo de la de doña Josefina, en el punto donde finalizaba la torcedura hipérbole de la calle, justo antes de iniciar la cuesta calle arriba. Tenía la arquitectura característica de los pueblos: pequeña y con techo a dos aguas, pintada de un azul claro que brillaba bajo el sol incandescente. Emiliano reflejaba una paz que distaba mucho del dolor y la angustia de los parientes de doña Elisa, cuyo cadáver era testigo de las lágrimas de quienes tanto la quisieron, cuando su cuerpo contenía aún ese aliento cálido y propio de los abuelos alcahuetes y de enorme corazón. Él no era un desconocido para la familia, pero se sentía como uno mientras, con ojos indiferentes, repartía mecánicos abrazos y palabras de aliento. Para él no tenían gran importancia los que apenados le respondían con un «gracias» más aturdido que apático.

Sorprendía que la iglesia fuera por dentro más amplia de lo que su exterior hacía sospechar. Varias líneas de blancas sillas plásticas

estaban estratégicamente dispuestas para los presentes. Al fondo, un pequeño montículo servía al sacerdote de tarima improvisada, mientras en el púlpito descansaba el libro sagrado junto a un micrófono conectado a una bocina portátil. La pared daba la impresión de no soportar el peso del Cristo crucificado, que cabizbajo sostenía la mirada de los que se arrodillaban frente a él. Las esquinas estaban adornadas con enormes jarrones cilíndricos cargados de flores y ramas recogidas en los alrededores. Se sentía un olor dulzón y cierto frescor que se entremezclaban con el calor sofocante. En los extremos, un par de taburetes sostenían el ataúd.

Y entonces la vio. Amaranta, con un frío semblante denotando el sopor en que se encontraba y sus pálidas mejillas ensanchando su redondez. Verla tan fantasmal le partía el alma. Desde una silla sin apoyabrazos, instalada bajo un ventilador que se esforzaba en repartir equitativamente el poco aire que circulaba en el lugar, Emiliano la observaba con pena indescriptible. Sus ojos marchitos daban la impresión de haber agotado el caudal de sus lágrimas, que en su salado camino y en complicidad con el húmedo calor, difuminaba la palidez de su rostro entristecido.

Amaranta estuvo siempre muy cerca de su abuela. Por eso le dolía tanto ver su cuerpo inerte dentro de esa tosca caja. En su niñez fue tan traviesa como cualquiera y aunque su madre Josefina fue dotada de buen corazón no le sobraba paciencia. Cuando se hacía presente el reproche materno, los brazos apoyadores de Elisa acunaban a la reprendida y entre risas e historias le consolaba el llanto. Resignada ante la repetida escena, Josefina inspiraba hondo pensando si acaso no era suficiente carga ocuparse de dos niñas ella sola, una de ellas con padre de cheque ausente, para que encima su madre las malcriara.

Ausente. Así estuvo todo el tiempo. Inconsolable y con la vista perdida, como dejándose vencer en la lucha de sentimientos que

bullían en sus adentros. Se preguntaba qué sería de ella sin las caricias y consejos de su cómplice abuela, ¿quién entendería tantas cosas...?

Emiliano sentía que casi podía tocar ese silencio sepulcral infundido por los designios de la muerte y que los pensamientos de los presentes retumbaban en su cabeza. Permanecía impasible en aquel rincón, en medio de dos señoras que de vez en cuando le hacían comentarios cargados de esa sabiduría que solo enseñan los años. Tenía el sacerdote un aspecto soberbio que contrastaba con su cualidad de buen servidor. Al levantarse, el carraspeo de las patas de su silla impuso un espeso silencio. Aclarando la voz, el hombre de Dios tomó el micrófono dispuesto a pronunciar las acostumbradas palabras de consuelo.

—Estamos aquí reunidos, como hermanos en Cristo y como compañeros de dolor, ayudando a los deudos a aceptar y soportar la pérdida de un ser tan querido y pilar de familia. Que la muerte no haga zozobrar vuestra fe, más bien que la fortalezca con la esperanza y la promesa de nuestro Dios, la vida eterna. Ahora oremos.

»Dios todopoderoso, por la muerte de Jesucristo, tu hijo, destruiste nuestra propia muerte; por su reposo en el sepulcro santificaste las sepulturas y por su gloriosa resurrección nos restituiste la vida a la inmortalidad. Escucha nuestra oración por aquellos que, muertos en Cristo y sepultados en él, anhelan la feliz esperanza de la resurrección. Concédenos, Señor de vivos y muertos, a cuantos en la tierra te conocieron por la fe, alabarte sin fin en el cielo.

»Por Jesucristo, nuestro Señor...

—¡Amén! —contestaron los presentes al unísono.

De piel blanca, pelo castaño, ojos claros y acento extranjero, el joven Diego se distinguía entre los presentes por su buen porte y

esas maneras características de otras culturas. Estaba sentado con los principales de la familia a escasos cuerpos de doña Josefina. Tomó el micrófono y empezó a entonar un cántico, sin percatarse de que algunas señoras no concluían aún las oraciones que iniciaron paralelas a la del sacerdote. Al percatarse, titubeo un momento, reiniciando cuando el murmullo se apagó completamente. Todos se conmovieron con las tristes letras que anunciaba la inminente despedida. Mientras que a Amaranta cada nota le zarandeaba el alma.

*Aunque en esta vida no tengo riquezas,
sé que allá, en la gloria, tengo mi mansión...
Más allá del sol, más allá del sol,
yo tengo un hogar...*

«¿Por qué se empeña la gente en entonar cánticos estrujallargas?», se preguntaba Emiliano.

Con ojos lacrimosos y fundido en un abrazo con Amaranta, el joven Diego interrumpió con voz queda el canto, al tiempo que se limpiaba con los dedos las lágrimas que se colaban por sus párpados inferiores. A distancia, Emiliano los miraba fijamente, intentando adivinar algún acertijo de amor entremezclado con las manifestaciones de consuelo y dolor.

—Mi abuela querida —sollozó Amaranta, parada frente al ataúd, mientras desdoblaba un trozo de papel.

»Dios mío, te has llevado una de las personas que más amaba en este mundo. Tú lo has querido así, cúmplase en todo tu santísima voluntad. El consuelo que me queda es la esperanza de que tú la hayas recibido en el seno de tu misericordia, y que me permitirás algún día unirme a ella. Si la comisión de algún pecado la retienen aún en las penas sin poder reunirse contigo, yo te ofrezco por ella todas mis oraciones y buenas obras, comenzando con mi aceptación de esta pérdida. Haz, Señor, que esta resignación sea completa y digna de ti.

—¡Amén! —volvieron a replicar los presentes.

Junto a los demás, Emiliano se dirigió al patio frontal de la iglesia, cuyo piso era una mezcla de hierba y caliche polvoriento. Mayo se mostraba benevolente con su brisa fresca que acariciaba los rostros brillantes y grasientos. Movía los ojos de un lado a otro, buscando el rostro de Amaranta entre los que conversaban en susurros, mientras repasaba en su memoria tratando de recordar si le había presentado sus condolencias.

«Sí, con la mirada fría y la piel pálida», recordó.

Capítulo 2

Hacía varios años desde la primera vez que se vieron en una fiesta bien animada. La pista de baile sufría el golpeteo de los tacones de los más bailarines, que al compás de la música se movían de aquí para allá, capturando la mirada de un Emiliano que observaba en los demás una habilidad de la que él carecía casi en su totalidad, pero sin intención alguna de atreverse a imitarlo, salvo muy raras excepciones. La última vez que bailó fue con su madre, a la que poco le importaban los erráticos pasos de su querido hijo y para quien el hecho de que bailaran le resultaba bastante gratificante.

Y es que a principios del 2000, los *jous*, *hippies* y *jevitos*, diferentes subculturas de la juventud dominicana, se encontraron confundidas con la subrepticia aparición del reguetón boricua. Hasta los «metálicos» se tomaban un pote escuchando a Tego Calderón sin el menor atisbo de culpa. El baile no era el fuerte de la mayoría de ellos, excepto los *jevitos*, quienes establecieron escuelas de salsas en todos los rincones de la capital, bajo la mirada de una mayoría indiferente. Más tarde se multiplicaron los bares en torno al bulevar de la 27, apoderándose de las esquinas más *in*, donde el hijo de cualquier político chupasangre vendía bebidas y uno que otro estupecifaciente maldito.

De pie en el baño y por tercera vez en menos de una hora, mirando hacia al techo, como suelen orinar los hombres pocos dotados, pensaba Emiliano en no tomar más cerveza y ahorrarse las largas filas, el mal olor de los orinales y, ¿por qué no?, algo de dinero. De vuelta a la mesa que compartía con algunos amigos que

hacía buen tiempo no pisaban una discoteca, escuchaba en voz de Víctor las opciones de bebidas por las cuales reemplazarían las cervezas. Sus razones eran más por economía que por las complicaciones de los orinales.

—Claro, ya bailé con esa flaca —decía Víctor torciendo la boca en dirección a una mesa contigua—. Y la próxima vez la traigo a la mesa, aunque en cerveza se ve que no hay quien le cargue los bates —concluía riendo a carcajada, secundado por los amigos.

Emiliano se apartó para salir un momento al frente a fumar un cigarrillo, cuando la vio encogida en una silla, como queriendo pasar desapercibida. Ya afuera, entre suspiros de humo azul, comparaba su rostro con los de sus conocidas. Tenía la ligera impresión de haberla visto antes, quizás en una de las tantas fiestas en las que le ganaron la embriaguez y la falta de compostura.

Amaranta había llegado allí casi por accidente. Era la época en la que Antonio y Josefina, cada uno a su modo, se metían mutuamente por los ojos los miembros de sus respectivas ramas familiares. Se encontraba de visita en casa de una amiga emparentada con su padrastro, dando gusto a la cansina persistencia de su madre en esforzarse en estrechar los lazos familiares. «Como si de ello dependiera su matrimonio», pensaba.

Amaranta era una joven pequeña y manceba, de cuerpo esbelto, cortas piernas y anchos muslos que contrastaban con unos diminutos pies de niña; sonrisa coqueta, labios rosas y un rostro atractivo que enmarcaba unos ojos negros más expresivos que su propia lengua. Era algo extrovertida, de hablar simple y monosílabo. Todo envuelto en un temperamento impetuoso que le había ganado la desconfianza de su madre y más de un bofetón. Y es que Amaranta, ya en plena adolescencia, no podía contener su ímpetu en un mundo que le parecía, giraba a su alrededor; un mundo donde los chicos se creen hombres y las chicas irresistibles.

Solía tener problemas en la escuela por cosas que ni recordaba cuando acababa la pelea. De nada servían las travesías de su madre

a la oficina del director, que la citaba por las infracciones de todo tipo que Amaranta cometía: «Habla en clase, modifica el uniforme acortando la falta o ciñendo más la blusa, llega tarde, sale antes de tiempo, no se presentó antes de ayer...». Su madre pasaba tardes enteras murmurando y resabiando por toda la casa, culpando de sus males al padre ausente.

—Muy cómodo debe estar ese en estos momentos —decía a su marido mientras acotejaba los trastes de la cocina o tendía la cama.

—Son cosas de muchachos y ya se le pasará —contestaba Antonio, con esa paciencia tibetana que lo caracterizaba.

En conocimiento de que los padres de Ana estaban chapados a la antigua y que su hija era criada conforme a los valores de la santa palabra, a Amaranta no se le cruzó por la mente la posibilidad de una salida durante su visita a la casa de Ana. Compartiendo las mismas suposiciones y en conocimiento de los valores pretendidos por la familia de su flamante esposo, su madre se tomó la molestia de empacarle las pocas mudas de ropa que a su entender cumplían con las condiciones de lo que debería lucir una niña de dieciséis durante su visita a una casa de familia.

En plena faena y con ojos sensores, desaprobaba minifaldas y vestidos, tan cortos que bien podrían pasar por blusas; pantalones asfixiantes, colonias que azuzaban las hormonas masculinas, pulseras, collares y bisutería que parecían no alcanzar el fin. Quedó tan exhausta en el afán, que se desplazó a la fantasía de la esquina procurando ropa interior nueva y ahorrándose el estrés de lidiar con dos cajones de enmarañada lencería de mil colores. Y así, vestida cual beata, su hija se encaminaba a las puertas de una catedral artificial.

Para el pasmo y sorpresa de Amaranta, sí saldrían el sábado por la noche ¡y para una discoteca! Ana había sido invitada a una fiesta de cumpleaños de una amistad del vecindario. Sus padres dieron su

anuencia, previa minuciosa constatación de la invitación y de hacer a las chicas mil recomendaciones. Aceptaron, sobre todo, por tratarse del último cumpleaños que la festejada celebraría en el país. Intentando parecer menos severos, dispusieron la medianoche como hora límite del regreso. Al contrario de lo que se pensaría, a Amaranta no le complacía asistir a aquella fiesta. Le mortificaba la posibilidad de verse sometida al ridículo que le significaba la facha que tendría que vestir en una fiesta.

Tal cual la vio al salir, así la encontró Emiliano al regresar. Ensimismada en el fondo de la silla, pero esta vez tenía una sonrisa dibujada en el rostro mientras un fanfarrón le decía al oído alguna sandez. Amaranta percibió los sombríos ojos que la observaban, al tiempo que su falsa sonrisa le permitía a su espectador embelesarse con el rosa de sus labios. Con una curiosa atracción como las que sienten los niños hacia el alcohol, así fue como cada uno empezó a pensar en el otro, atraídos mutuamente por un hilo invisible que pasaba por encima de un montón de gente.

Ya en la mesa, Emiliano meditaba pensativo, mientras Víctor no paraba de largar embustes, intentando impresionar a la flaca robada de la otra mesa y que, a diferencia de los demás, aún tomaba cerveza. Una tras otra escuchaba las canciones concentrándose en los ritmos e intentando elegir la que resultara más fácil de bailar. Así se podía acercar a la chica de labios rosa.

Tocaron varios merengues legendarios, pero ninguno lograba arrancarlo de la silla, hasta que sospechando un pronto cambio al ritmo de salsa, se puso de pie. «Ahora o nunca», se dijo, determinado a sacar provecho de los pocos movimientos de merengue que dominaba y con la intención de camuflar su pobre desempeño en el tropel de bailarines preferentes del género que colmaban la pista. Sabía que en el medio de aquel tumulto sus ambos pies izquierdos pasarían desapercibidos.

Sin decir palabra, caminó hacia la mesa donde se encontraba la chica y se le plantó enfrente. Le tendió la mano, ignorando si la chi-

ca guardada relación con alguno de sus compañeros de mesa. No lo hacía por apatía o mala educación. Fue un inusual impulso de su personalidad atrevida. Sencilla e inexplicablemente, no se pudo reprimir. Los segundos sin respuesta fueron eternos para él, que ya se disponía a masticar la rabia del rechazado, cuando la chica, sin responderle ni tomarle la mano, se levantó y caminó a su lado hasta la pista de baile.

Ante la evidente poca práctica de Emiliano, balanceaban sus cuerpos torpemente. Iban de un mosaico al otro en un monótono movimiento hasta que giraban y medio perdidos comenzaban de nuevo. Ella miraba a los ojos a aquel extraño que la tenía entre sus brazos, mientras él, más asustado que un gato extraviado, no desviaba los suyos de los labios entreabiertos de la chica, como tratando de adivinar el color de su aliento. Rodeaba su cuerpo con el cuidado que se tiene al sostener una flor. La sentía tan endeble, y tocaba esa espalda ceñida por una suave piel de bebé, ataviada de un vestido que no le hacía justicia.

Emiliano se sintió sabio cuando, al acabar la pieza, comenzó inmediatamente otra, pero con ritmo de salsa. Con cara de complacido se dispuso a retornar a su mesa de origen a la dama que nadie le había entregado. Intercambiaron sus nombres a pocos pasos de la mesa. Con el pretexto de no poder escucharla por el ruido de la música, Emiliano la arrastró hacia fuera de la disco.

La noche era serena y callada. El sonido lejano de la música apenas se escuchaba, cada vez que el hombre alto y fornido que velaba la entrada de la discoteca, abría y cerraba la puerta. La brisa se sentía húmeda y se mezclaba con el olor a tierra de la maleza que resistía en las orillas descuidadas de los muros de la terraza. Era como estar en el campo.

—Amaranta —dijo ella entre risas y sospechando la argucia de su acompañante, al tiempo que se sentaba en uno de los pequeños muros que dividían el *lobby* de la terraza de la disco—. Yo sí pude escuchar el tuyo... Emiliano.

—Qué extraño, he de estar quedándome sordo —replicó riendo.

—Dicen que les pasa a los fiesteros...

—Quizás les pase, pero eso nada tiene que ver conmigo. ¿Te molesta si fumo?

La chica hizo una señal de aprobación y absorta en las estrellas que poblaban el firmamento, se tumbó hacia atrás con las manos apoyadas en el piso, lo cual daba a su rostro un ángulo hacia el cielo. En ese momento, le parecía que todo su espacio era cubierto por ella. Él fumaba mientras contemplaba el bello rostro que brillaba bajo la tenue luz de la luna. Le impresionaba el peculiar modo de ser de la chica. Ahí casi tirada, se veía tan cómoda y complacida, irradiando la sencillez de una dulce niña que respira el denso aire nocturno. Para él, era como recién llegar a la fiesta a la que le habían invitado.

Tratando de eternizar el momento, permanecía callado frente a ella, admirándola mientras ella observaba todo. Envueltos en ese silencio donde las palabras resultaban innecesarias, se dijeron más cosas que en todo un día de conversación. Ana se acercaba mirando el reloj y detrás de ella la débil melodía de la música parecía perseguir sus pisadas. Se detuvo frente a ambos sintiendo que acababa de interrumpir algo. Era casi medianoche. Si no se marchaban ya, excederían el límite del permiso y no era un riesgo que Ana quería tomar.

Aprovechando que Ana retornaba para despedirse de las amistades, Emiliano se acercó más a Amaranta. Un sentimiento extraño le recorría la piel mientras se veía en sus ojos. Le confundía el pensamiento. En su cabeza se atropellaban preguntas que no lograba formular, mucho menos responder y a sus dieciocho años, contemplando esos labios, se sentía como un niño encaprichado por un juguete que no le pertenecía, mientras ella, sin evidenciar la menor señal de emoción, permanecía inmutable a los escalofríos esporádicos que él sentía.

Le divertía verle palidecer, recobrar el color e intentar palabras que se desvanecían en el interior de esa boca de labios oscurecidos

por el hábito del cigarrillo. Su porte le parecía simpático y su pelo negro azabache y largas pestañas hacían una ambigua combinación con sus ojos claros. Los vellos de sus brazos del color de la canela y esas manos de niño que tanto le acariciarían luego no le fueron indiferentes.

—Quédate —murmuró él con voz trémula.

Por toda respuesta obtuvo una sonrisa suspicaz, mientras sus ojos buscaban en él una razón para no partir al lado de Ana. Tan cerca el uno del otro, los vellos erizados de sus brazos casi se rozaban cuando la brisa se colaba por la brevísima abertura que quedaba entre ellos. Emiliano, se inclinó hacia ella tocando audazmente su cuello con una mano, mientras con la otra rastrillaba suave y tiernamente su mejilla izquierda.

Amaranta se relajaba al toque de esos dedos intrusos. Ambos rostros se acercaban intuyendo un beso que tardaba y a la vez se dibujaba en unos trazos que ninguno adivinó, pero que el destino les había obsequiado aquella noche de luna. Con la mano enredada en su pelo, la respiración entrecortada y los pensamientos en blanco, Emiliano posó en sus labios el beso más tierno que hasta ese momento de su vida había dado. Fueron segundos de gloria en que dos bocas se unieron religiosas, como si en vez de un primer beso, fuera el último. Irrepetible.

Posando un dedo sobre los labios de Emiliano, Amaranta se despidió y partió con Ana. Más tarde, acostada y con los pensamientos hechos un remolino que mandaba a volar por doquier las ovejas del sueño, contemplaba el número del extraño en su celular.

Emiliano se quedó en la disco, pero no entró más. Sentado en el muro que compartió con aquella chica, cerveza a un lado y cigarrillo en mano, repasaba en su cabeza lo recién vivido. Se recostó hacia atrás después de un largo trago y por primera vez en mucho tiempo contempló las estrellas. Ni siquiera se dio cuenta cuando

los amigos partían de aquel lugar donde su corazón se estremeció con algo parecido al amor.